

Ciudad de México, marzo 25 de 2021.

La puerta.

Ayer en la tarde que mi hija terminaba su clase, nos disponíamos a subir a la camioneta para regresar a casa cuando mi hijo mayor quiso ir al baño antes de tomar la carretera que en ocasiones resulta algo congestionada. El baño se encuentra de camino a la salida del lugar, por lo que le dije que se adelantara, para que lo recogiéramos ya estando todos los demás en la camioneta.

Desde mi papá, es costumbre y parte de una dinámica familiar que tenemos – y no puedo evitar – que haga correr a mis hijos a un lado de la puerta del coche en movimiento cuando por alguna razón no se subieron al mismo tiempo que los demás. Pues en esta ocasión no fue la excepción y a petición expresa del más pequeño, hicimos correr a su hermano mayor. Por ello, cuando mi hijo salió del baño nos persiguió corriendo por algunos metros.

Sin embargo, ayer hubo algo diferente, cuando por fin nos alcanzó mi hijo, él decidió subir por la cajuela de la camioneta y, continuando con el buen ambiente de juego, todavía caminamos algunos metros con mi hijo arriba, pero con la puerta de la cajuela abierta. Antes que se piense que el juego implica una absoluta irresponsabilidad de mi parte (lo cual es probable) es importante aclarar que el camino que lleva de la escuela a la carretera es muy poco transitado y es el lugar ideal para hacer correr a tus hijos al lado del coche.

Pues bien, como adelantaba ayer hubo algo diferente; eso diferente es lo que me le levantó hoy a las 5:00 am con una inquietud particular de escribir...traíamos la puerta de la cajuela abierta.

No cabe duda que la puerta de la cajuela debe estar cerrada y más cuando va en movimiento el coche; sin embargo, ayer hubo un momento de alegría y juego familiar por traer una puerta abierta. Qué sencilla forma de divertirnos en familia. Estoy seguro que no es ajeno a otras familias o grupo de amigos que hayan hecho esto en algunas ocasiones; abrir la puerta para pasar un buen rato, para estar alegres.

Estamos acostumbrados a vivir entre puertas, tenemos puertas en los lugares donde vivimos, en los lugares donde trabajamos, en el transporte en que nos movemos, etc., y cada puerta tiene una razón de ser. Normalmente el lugar donde se encuentra una puerta no obedece a la suerte. Cuando nos encontramos en casa, cerramos la puerta de la calle e inmediatamente tenemos una sensación de seguridad, aunque a veces sea solo eso: una percepción muy personal de esa realidad que implica cerrar una puerta, pero nos sentimos seguros. ¡Qué forma tan

simple de lograr sentirnos seguros; Me ha pasado en esta cuarentena que estamos viviendo que, cerrando la puerta de entrada a la casa, siento que dejo el Covid-19 afuera (lo sé, es absurdo).

Claro que adentro de la casa hay todavía más puertas, encontramos puertas que dan entrada a las recámaras, a los baños, en algunos casos a la cocina, a los clósets, a la sala, etc. Me imagino que al momento de construir una vivienda, el arquitecto seguramente toma en serio esto de las puertas y trata de poner las puertas necesarias al gusto del cliente. Cada cliente sabe por qué razón y en donde podría quedar bien una puerta; es decir, depende del cliente.

Por otra parte, la razón de existir de una puerta, consiste en permitir el paso, ya sea para entrar o salir de la casa o hacia algún lugar dentro de la casa, es de una obviedad absoluta.

Me viene a la memoria en este momento cuando mi hija se encierra en su recámara por tiempos largos normalmente para jugar, para hacer su tarea, para cantar, para llorar; pero no deja pasar a nadie, es su espacio seguro, su espacio íntimo. Casi todos en la familia lo entendemos y respetamos, ya que sabemos la consecuencia de abrir su puerta; digamos que mi hija tiene carácter. Decía que casi todos porque el más pequeño a veces se siente con la confianza de abrir todas las puertas y en el momento que él decida, (es cuando seguramente mi esposa va a ser llamada como árbitro en un conflicto de magnitud internacional). ¡Que maravillosa ingenuidad de un niño de sentirse con esa confianza y naturalidad de ir a abrir la puerta que él quiere, cuándo él quiere; En algunas ocasiones a los mayores, por razones de prudencia, por respeto, por timidez, o la razón que sea, nos cuesta un poco de trabajo abrir las puertas propias o ajenas, ya sea para dejar pasar o para dejar entrar.

No es igual con mis otros dos hijos, ellos prefieren dejar normalmente la puerta de su recámara abierta. Quizá sea el orgullo de dejar ver sus tenis nuevos tirados, o su sudadera no necesariamente nueva, pero también tirada; en fin, suele ser costumbre ver sus puertas abiertas, es su decisión.

Sobra decir que la puerta del baño siempre está cerrada cuando uno entra y a veces cuando uno sale. Pero recuerdo que no siempre ha sido así, cuando mis hijos estaban pequeños e iban al baño, la puerta siempre estaba abierta y, normalmente, te invitaban a pasar con ellos. Era costumbre, incluso, que te tocaba acompañarlos para cantar o leer algún cuento mientras ellos estaban ocupados en sus “quehaceres”.

Es un hecho que no todas las puertas son iguales, aunque quizá últimamente las puertas se han estandarizado llegando a ser casi todas iguales. Seguramente hemos escuchado en alguna ocasión el comentario de alguien que se refiere a las casas de nuestro país vecino como algo muy sencillo de construir: “cualquiera puede construir una casa allá. Es fácil, vas a la tienda y encuentras todo a la medida:

puertas, ventanas, baños...". No cabe duda que estandarizar las puertas y hacer cada vez más sencilla su elección, resulta de una comodidad que se antoja mucho y al final nos hacen la vida más fácil, pero no necesariamente más conveniente.

Sin embargo, todavía podemos afirmar que tenemos la posibilidad de elegir nuestras propias puertas: habrá quien quiera puertas de madera oscura, pintadas en blanco, en rojo, al natural, puertas de vidrio, etc., las hay de todos los colores, tamaños y materiales, solo están esperando que el cliente las escoja y las ponga en donde decidió que era el lugar adecuado para dejar entrar o salir.

También es cierto que las puertas son distintas dependiendo de qué lado del hemisferio se encuentre uno. A mi hijo mayor le gusta ver programas de algún *youtuber* que viaja por el mundo y me sienta con él para que veamos las grandes aventuras que le gusta subir a su canal. Nos ha tocado ver puertas en algunos lugares del continente africano que son realmente especiales, son puertas hechas con grandes decoraciones, que no buscan solo dejar pasar o salir a algún lugar. Incluso, en sus puertas buscan que la decoración que se esmeran en hacer transmita algún mensaje para quien pretenda entrar o salir por esa puerta. En Asia también las puertas son diferentes, pero curiosamente y en principio, sirven para lo mismo. Al final los seres humanos no somos tan diferentes de un lado del mundo o del otro; sabemos que hay puertas y para qué sirven, aunque a veces no sepamos cuando abrirlas o a quien abrirlas.

Es un hecho que también en el curso de la historia podemos ver que las puertas no siempre han sido iguales. Se tiene conocimiento que la primera puerta existió 4,500 a.C. y seguramente no tenía una chapa electrónica. No es mi propósito hacer esto aburrido estudiando la historia de la puerta y su desarrollo a través del tiempo, solo tener en cuenta que algo han cambiado las puertas en el transcurso del tiempo, pero siguen siendo puertas.

Estoy seguro que todos hemos sufrido cuando hay una puerta que no podemos abrir. Mi hijo mayor es especialista en romper llaves, quien sabe por qué, pero es una facilidad nata la que tiene para romperlas o enchuecarlas. Hace algunos años que salía a dejarlos a la escuela, le pedí que fuera abriendo la puerta para salir corriendo los demás atrás ya que para variar era tarde y no queríamos que la Prefecta del Colegio, con fama de estricta, nos pusiera retardo en su boleta. Pues todavía al día de hoy, con nuestros conocimientos científicos precarios respecto de llaves, chapas y similares, no podemos entender qué pasó...pero mi hijo logró lo imposible: enchuecó la llave y no pudimos abrir la puerta, por supuesto se nos hizo tarde y les pusieron retardo en su boleta. Otro evento que pudiera resultar familiar, es cuando típicamente un niño pequeño (en mi caso nuestra hija) se queda encerrado en su recámara y a las 3 a.m. se levanta llorando y alterado por algún mal sueño que tuvo. En ese momento los papás saltan de la cama (y más cuando no son muy experimentados como papás) y tratan de abrir la puerta de la recámara de su hijo o hija, pero esta cerrada...son minutos en los que uno cree que la

pequeña se muere o se avienta por la ventana. En mi caso, mi sentido de responsabilidad propio de un *pater familia*, me llevó a esa hora de la mañana a tomar un zapato y tratar de romper la chapa de la puerta, claro que no sirvió de nada. Pero ante el episodio amargo que está viviendo nuestra pequeña hija del otro lado de la puerta tratamos de hacer hasta lo imposible por abrirla con lo que sea y en el menor tiempo. Al final terminé rompiendo la chapa y la puerta con un martillo, pero logramos, mi esposa y yo, la misión de abrir la puerta para entrar y abrazar a nuestra hija.

Tal parece que mientras pasan los años nos hacemos más inteligentes, o al menos eso creemos. Consideramos que no hay nada nuevo atrás de una puerta. De hecho, en algunas ocasiones, damos por hecho que no tiene sentido abrir la puerta, al final nuestra aguda inteligencia ya se hizo imagen de todo lo que vamos a encontrar del otro lado (aunque en ocasiones estemos por completo equivocados). Nuestra mente siempre ágil nos sugiere una pregunta: “¿Para qué abro la puerta si llevo viendo qué hay en esa recámara los últimos años de mi vida?, no tiene sentido, ya sé qué voy a encontrar”. Muchas veces nuestra memoria emocional juega un papel importante para evitar abrir o cerrar las puertas adecuadas, en ocasiones preferimos nosotros permanecer adentro o, en algunas otras, preferimos permanecer afuera, pero el resultado es el mismo. Recordarán un programa que era normativo ver los domingos por la mañana: En Familia con Chabelo. Pocos programas despertaban la emoción que se generaba cuando venía el momento en que los participantes entraban o no a la *catáfixia*, era relativamente fácil suponer qué había detrás de la puerta, no obstante, el programa duró 48 años.

Una puerta es una cosa que, de acuerdo con nuestras necesidades y gustos, decidimos poner en determinado lugar, no es que tenga vida y voluntad propias. Por otro lado, para que una puerta se mueva, ahí si es necesario que exista un acto de voluntad por parte de cualquiera de nosotros, ya sea para colocarla por primera vez, para moverla en alguna remodelación que consideremos hacer, para abrir o cerrar, para entrar o salir.

Que cantidad de emociones y pensamientos podemos vivir por pasar o dejar pasar por una puerta cuando queremos o pensamos que alguien más, que está del otro lado, nos necesita o lo necesitamos. Pero pienso que todavía es peor cuando una persona pone puertas en lugares que no son los adecuados y las cierra o las abre equivocadamente, sin atreverse a ver qué hay del otro lado de la puerta.

Pero al final recordemos que las puertas son al gusto del cliente.

Sergio Bartolini